

# La economía política de las bolas de nieve

por Ramón Díaz



**L**ECTOR: tú y yo estamos dando la vuelta al mundo.

La proa de nuestro barco ya ha surcado las aguas de dos océanos, y se ha aproximado a una deliciosa isla de la Polinesia. Los nativos han salido en sus canoas a recibirnos; han venido a bordo y

nos han colocado alrededor del cuello sendas guirnaldas de flores. Luego nos han conducido hasta una playa sombreada por palmeras. Allí nos han dado de beber el agua fresca de los cocos y nos han convidado con frutas sabrosísimas, que crecían por doquier. Nos hemos detenido a admirar un grupo de doncellas de floridas cabelleras, que entonaban una melodía dulcísima y marcaban el ritmo con el ondular de sus brazos y el cimbrear de sus gráciles talles...

Lector: entre nuestro grupo de viajeros se contaba un economista, funcionario de no recuerdo qué organismo internacional llegado a la isla en función de no sé qué programa de asistencia técnica, con vistas a formular no sé qué plan de desarrollo. Conversando, nos ha dicho que aquél era un pueblo **económicamente subdesarrollado**. A ti y a mí, lector, ese juicio nos ha parecido absolutamente inapropiado. Y la tentativa de imponer nuestro estilo occidental de vida a aquellas gentes sencillas, inocentes, al parecer felices, se nos ha antojado un acto de inadmisiblemente violencia.

Luego ha proseguido nuestro viaje y hemos llegado al subcontinente indio. Allí hemos presenciado extremos de pobreza real-

mente desoladores. Los hemos encontrado en el campo, donde nos ha sorprendido el primitivismo de las técnicas agrícolas; y en las ciudades, donde el hacinamiento y la miseria nos han horrorizado. Cuando nos hemos encontrado con un economista que hablaba allí de subdesarrollo, nos hemos dicho: tal vez este hombre sí tenga razón; tal vez haya que arrancar a estas gentes de la triste situación en que se encuentran, tal vez ellos mismos, o algunos de ellos —los mejor informados de lo que acontece en el resto del mundo— quieran zafar de esa condición. ¿Sabrán encontrar el método de lograrlo? ¿Cómo podrán los más ricos ayudarlos? ¿Por qué existirán entre los pueblos semejantes diferencias económicas? Las preguntas nos han acosado, y hemos partido sin acertar a responderlas, con el ánimo atribulado...

Por fin hemos visitado los grandes centros industriales de los Estados Unidos y de Europa. Ahora, al menos —hemos pensado— no nos toparemos con economistas ocupados en corregir la tasa de desarrollo de estos países. Pues bien, no ha sido así. ¿Recuerdas, lector? Un economista nos ha llevado junto a las aguas de un lago y nos ha dicho: "Antes la gente se bañaba aquí en verano; ahora el agua está contaminada por los desagües industriales y el baño ha debido prohibirse. Antes la población solía pescar; ahora los peces han muerto todos envenenados. Mirad a lo lejos. ¿Veis esa neblina amarillenta? Pues no es un fenómeno climático: es una niebla fabricada por el hombre, salida del caño de escape de nuestros coches. Vosotros creéis que porque nuestra economía crece a una tasa vigorosa, todo anda bien; sabedlo, ocurre todo lo contrario. Tenemos cada vez más fábricas; también tenemos las aguas y

el aire cada vez más contaminados. La prosperidad nos permite tener cada vez más automóviles, pero hemos tenido que olvidarnos de qué cosas son el divisar el horizonte a través de una atmósfera diáfana, y respirar a pleno pulmón... Por otra parte, al paso que vamos, en pocas décadas nos quedaremos sin petróleo y sin una porción de minerales imprescindibles. Si dejamos que ello ocurra, la humanidad sufrirá de pronto un bajón catastrófico en su nivel de vida. Es preciso evitar a toda costa ese resultado: **es imperativo limitar ya la tasa de crecimiento económico.** Más concretamente: es preciso implantar controles para obtener cuanto antes la meta que nos debemos a nosotros mismos y que debemos a nuestros hijos: **¡desarrollo económico cero!**

Lector: hemos completado nuestro viaje sintiéndonos perplejos. Extraña cosa debe ser el desarrollo económico, nos hemos dicho, que no infunde en los economistas sino insatisfacción; donde es lento, porque debe ser más rápido; donde es rápido, porque es imperativo detenerlo. ¿No sería posible hacer en todo esto un poco de luz? ¿No podrían los economistas aclararnos este confuso panorama?

### LA ECONOMIA POLITICA DEL DESARROLLO

La verdad, lo que los economistas pueden decir del desarrollo económico no es gran cosa, a pesar de que han dicho, en los últimos tiempos, tanto y tanto.

Los economistas pueden explicar cómo una sociedad, a través del funcionamiento de un sistema de mercados libres, asigna sus recursos productivos en manera de satisfacer sus necesidades. O, más precisamente: partiendo de sus necesidades ilimitadas, y de recursos capaces de infinitamente variados usos, la sociedad **elige**, a través del funcionamiento de los mercados, un **conjunto deter-**

**minado** de aplicación de sus recursos, del que fluirá un **conjunto determinado** de bienes y servicios, que proporcionará a la sociedad un **cierto nivel** de bienestar. La explicación abarca la distribución de los recursos disponibles entre la satisfacción de las necesidades presentes y de las futuras: entre la elaboración de bienes y servicios de consumo y la adición al acervo de bienes de capital; indicando cómo la elección social al respecto es la resultante de numerosas decisiones individuales, y que éstas a su vez provienen de la mayor o menor frugalidad de la población, del mayor o menor espíritu innovador de los empresarios, de la mayor o menor creatividad de los hombres de ciencia, y otras cosas por el estilo.

Y los economistas pueden también explicar cómo se difunde en el espacio el progreso material a partir de un centro de irradiación, a través del comercio y de los movimientos de capital. Y aún pueden señalar qué políticas, qué medidas gubernamentales, están trabando la capacidad de una economía para desarrollarse.

En cambio es poco lo que los economistas pueden decir sobre el hecho mismo del desarrollo. Hemos llegado a dar por sentado el progreso material. Lo calculamos según tasas porcentuales, al igual que el interés compuesto. Decimos, por ejemplo, que el PBI per cápita de un país crece a una tasa del X % por año. Es algo análogo a afirmar que el capital depositado en un banco crece a tal o cual tasa O que una bola de nieve que viene deslizándose por una ladera aumenta de volumen a tal o cual tasa cada vez que recorre el largo de su diámetro sobre la blanca pendiente. Todo ello nos parece igualmente natural. Pero no siempre ha sido así. La edad del hombre sobre la tierra se cuenta en centenares de millones de años. Y durante la mayor parte de esa permanencia sobre el planeta las condiciones materiales de vida de la humanidad han experimentado sólo cambios insignificantes.

Hasta cierto punto el problema del desarrollo es coextensivo con el problema de la civilización. Las civilizaciones aparecen hace unos seis milenios, es decir, en una época muy reciente de la vida de la humanidad; y sólo entonces las condiciones naturales de vida comienzan a experimentar variaciones apreciables. En otros términos, comienza el desarrollo económico.

Pero el tema de las civilizaciones y del desarrollo económico sólo son coextensivos hasta cierto punto. En todas las civilizaciones menos en una, el progreso material choca contra un techo que no puede sobrepasar; la curva del desarrollo económico crece, pero a una cierta altura comienza a achatarse y termina por volverse totalmente plana. Es, como decíamos, el caso de todas las civilizaciones menos una. Es, notablemente, el caso de civilización que Toynbee llama helénica, la del mundo greco-romano. El caso es, como decíamos, notable, pues el desarrollo intelectual del mundo helénico es a todas luces comparable al de nuestra civilización occidental. Sin embargo, el mundo antiguo no encuentra la ruta del progreso tecnológico. Su crecimiento intelectual recorre los caminos del arte, de la filosofía, de la matemática pura; en todos ellos realiza avances sorprendentes. Pero no menos sorprendente resulta que tanto esplendor intelectual haya quedado desprovisto de consecuencias prácticas en el campo del dominio del hombre sobre su medio ambiente y, consiguientemente, sobre el nivel de vida. Adam Smith insinúa una teoría explicativa de la extraña detención del progreso material entre los antiguos. La fundamenta en la naturaleza servil del trabajo en la civilización greco-romana, y en la tesis de que sólo el trabajo libre hace surgir los incentivos para la innovación técnica dirigida hacia el ahorro del esfuerzo laboral.

Ello no es, sin embargo, sino el esbozo de una explicación. ¿Por qué, entre todas las civilizaciones, sólo la occidental desarrolló un sistema de trabajo libre? ¿Por qué, más aun,

sólo ella desarrolló un sistema de mercados libres, en cuyo marco ha transcurrido un proceso de incesante crecimiento económico durante un milenio? ¿Por qué sólo en occidente el crecimiento de las economías se asemeja a la portentosa expansión de las bolas de nieve?

Sobre nada de esto nos ofrece la ciencia económica respuestas satisfactorias, y tal vez no sea de su incumbencia la solución de estos enigmas. Tampoco, y sin duda por iguales razones, nos ofrece la economía política razones satisfactorias para dar cuenta de la dificultad de la mayor parte de las naciones del mundo para incorporarse plenamente al proceso de crecimiento de las economías occidentales. Las distancias sobre nuestro planeta se reducen superlativamente; las comunicaciones se perfeccionan; las posibilidades de transmitir conocimientos científicos se multiplican; la transferencia de recursos materiales por medio de la ayuda económica aumenta incesantemente: y, sin embargo, en la mayor parte de los casos, todo es en vano. La idea de que puede injertarse el desarrollo económico en culturas que no aceptan los principios y los valores básicos de la civilización occidental resulta día tras día desmentida por los hechos.

### CUANDO LOS ECONOMISTAS SE EQUIVOCAN

Pese a la pertinaz resistencia de los hechos a encuadrarse dentro de las teorías de los economistas del desarrollo, éstos han producido un torrente de literatura que pretende circunscribir el fenómeno del crecimiento a los pocos elementos materiales que los economistas han aprendido a manejar — cosas como la relación entre el capital y el producto, que conducen a teorías “mecánicas” sobre el atraso relativo entre los pueblos como la del pretendido círculo vicioso de la pobreza— y que propone como panaceas, bien la ayuda económica, bien la planifica-

ción. El olvido de los verdaderos determinantes del crecimiento económico que, como incesantemente lo recuerda P. T. Bauer, se sitúan en el plano de la cultura, de los valores y las actitudes fundamentales, ha determinado para la mayor parte de las empresas desarrollistas un estrepitoso fracaso.

El error de los economistas cuando se ocupan del desarrollo no es cosa reciente. Tal vez la primera concepción dinámica en la historia de la economía política fue la teoría del estado estacionario de David Ricardo. Según Ricardo, cuya obra fundamental —Los "Principios"...— apareció en 1817, el progreso material a que en su tiempo ya asistía Occidente encontraría un fin no muy lejano. La presión de población en crecimiento alarmante —Malthus le había puesto esta pulga en la oreja— presionaría sobre los recursos naturales no reproducibles, sobre la tierra y los depósitos de minerales. Los propietarios de estos recursos absorberían una proporción creciente del producto social. Puesto que los trabajadores, reducidos en la concepción ricardiana a una condición salarial de mera subsistencia, no tendrían terreno económico que ceder, al avance de la renta de los terratenientes y de los propietarios de otros recursos no reproducibles debería verificarse a costa de los ingresos de los propietarios del capital. Hasta que, despojados éstos de todo incentivo para invertir, cesase todo crecimiento económico; y a la vez, a través de la miseria y del hambre, todo crecimiento demográfico. En este destino lúgubre de pobreza generalizada y estancamiento definitivo había de desembocar, según David Ricardo, el progreso fenomenal que ante su mirada Europa estaba conquistando en aquellos tiempos.

Demás está decirlo, Ricardo se equivocó de medio a medio. Podría sostenerse que su error consistió en subestimar las posibilidades del progreso tecnológico. Pero esto no sería más que una parte de la cuestión. Mucho más importante es señalar que la tecno-

logía quedaba fuera de su teoría del desarrollo. Desempeñara en ella el papel de una variable aleatoria, como podrían ser las precipitaciones pluviales en una teoría de la producción agrícola; pero el desarrollo tecnológico no puede ser nunca un elemento externo en la teoría del progreso material. Si los economistas no pueden incorporar esta variable a su sistema —y de hecho hasta ahora no saben hacerlo— preciso es que sean, cuando transiten por este terreno, particularmente cuidadosos. Sin embargo los errores, lamentablemente, enseñan poco; hoy en día una nueva variante de la teoría ricardiana del estado estacionario ha cobrado publicidad. Como lo señalamos al comienzo, muchos economistas de los países más desarrollados de Occidente —asociados en su mayor parte en el llamado "Club de Roma"—, agitan una bandera de peligro, pronosticando un destino apocalíptico para la humanidad a menos que se adopten las medidas necesarias para controlar —¿cuándo no?— la tasa de crecimiento económico y reducirla a cero.

Muy probablemente estas visiones apocalípticas del futuro de la civilización occidental tengan motivaciones políticas, más o menos conscientes. Hace 20 años la moda no era ciertamente una tasa de desarrollo nula. Era la planificación para lograr la mayor tasa de desarrollo posible. Pero el fracaso de los planificadores, tanto en los países socialistas como en los que los imitaron, hace añicos todas aquellas ilusiones. Resulta, después de todo, que las economías que se orientan según el mercado son las que obtienen tasas más vigorosas de crecimiento. Y entonces alguien hace el gran descubrimiento: lo que se precisaba no era, después de todo, el desarrollo máximo, sino... ¡el crecimiento cero! Los planificadores volvían a ser imprescindibles: ahora no para promover el desarrollo, sino para impedirlo.

#### REDESCUBRIR LA ESPONTANEIDAD

Esto último, el anular el desarrollo, probablemente sí sepan hacerlo los planificado-

res. Pero no creemos que los profetas del apocalipsis económico lleguen realmente a hacer camino con sus teorías. No creemos, en efecto, que jamás logren tornar popular el ideal del estancamiento material. Y, como uruguayos, cuando hablamos de estancamiento, lo hacemos en carácter de expertos.

No creemos tampoco que llegue a cundir la alarma ante la perspectiva del agotamiento de los depósitos de minerales ni de la contaminación de la atmósfera y de las aguas. Todos estos sombríos pronósticos tienen por base complicados modelos con los que se nutren las computadoras, y que no presuponen otra cosa que la extrapolación de las tendencias actuales. En el fondo no hacen sino repetir el error de Ricardo de una manera más pomposa; con la dinámica ricardiana tienen en común no sólo el dejar fuera de la teoría la variable tecnológica, sino también el carácter eminentemente antihistórico de la concepción.

Regresemos con el pensamiento a los tiempos de David Ricardo. A su alrededor estaba desarrollándose una tremenda transformación industrial. Hallábase próxima la tremenda transformación que en los transportes aportaría el ferrocarril. El ritmo de progreso se tornaba febril. Pues bien: Ricardo cierra los ojos a todo cuanto su modelo económico no puede abarcar; no se detiene un instante a tomar el pulso a la historia. Se atiene a su modelo, con sus drásticas simplificaciones y extrae de él las conclusiones que la razón matemática le dicta. No es extraño que el error de su pronóstico haya sido tan resonante. La lección a extraer de la equivocación de Ricardo, que era un gran economista, la lección que quienes son tanto menos que él en estatura intelectual y en capacidad de análisis no deberían desaprovechar, es que la ciencia económica tiene límites bastante precisos, más allá de los cuales sus cultores no deben pretender para sus

juicios la autoridad de la ciencia, y sí sólo el dudoso valor de la opinión.

La economía como actividad social transcurre en la historia y sólo en la historia. Pero la economía como ciencia sólo capta en el fluir histórico algunos pocos elementos. Abstrae de la complicada y siempre cambiante realidad esto y aquello, para explicar lo que en estado natural, sin la ayuda de una severa simplificación, resulta ininteligible. Pero el modelo del economista no es la historia; su abstracción no es la realidad. El economista capta de ésta sólo aquellos elementos que la razón matemática puede manejar. La razón matemática no sabe qué hacer con cosas como la creatividad de un período histórico, ni la vitalidad de una cultura.

El desarrollo económico es un fruto de la civilización occidental. No fue concebido por ningún economista ni planificado por ningún comité; es la resultante de innumerables decisiones, de incontables descubrimientos, de infinitas formas de cooperación social involuntaria. Como el lenguaje, como el derecho (hasta que se pretendió conferir el monopolio de la creación jurídica a las asambleas legislativas), el crecimiento económico es expresión de la espontaneidad histórica de Occidente. No es un fruto perfecto: puede tener, aquí y allá, sabor amargo. Pero es un fruto único, que por primera vez ha dado en Occidente el árbol de la civilización. Aproximémonos a él con respeto. No imitemos a esos jardineros que no sueñan con comprender por qué el árbol por fin ha florecido, y sin embargo no titubean en proponer los injertos más estafalarios. Ni a aquellos otros, recién llegados al jardín, que temen que sin sus cuidados, y permanente actividad el árbol pronto dejará de fructificar. El único jardinero que podrá mejorar la calidad del fruto, y ayudar a superar los peligros que lo acechan, es el que primero se detenga a contemplar, con paciencia y con amor, el misterio de su tardío y único florecimiento.